

hasta ayer, y volverá el lunes nuevamente, dejándonos lo menos posible durante estos tristes instantes: su buen corazón me consuela y anima mucho.

CXX

14 de Julio de 1824.

Todo ha concluido: mi hija Susana descansa en el seno de Dios desde anteayer jueves á las diez de la noche; quiero mientras me sea posible, recordar todas las circunstancias de esta muerte edificante, dulce y consoladora para los verdaderos cristianos, y terrible siempre para una pobre madre. En medio de mi acerbo dolor, de mis crueles angustias y de las escenas más tristes, Dios me concedió la gracia de una fuerza, de una resistencia y de una confianza en mí misma, que era, á buen seguro, el fruto de las oraciones que se le han hecho para nosotros, y en las que reconocí particurmente su eficacia, viendo el admirable estado de espíritu de mi pobre hija durante sus últimos momentos.

A pesar del tristísimo estado á que su cuerpo estaba reducido (de que ya hablé el otro día, aunque algo á la ligera), y á pesar de que se agravaba por momentos en su terrible enfermedad, ni una queja, ni una demostración de tristeza, nada, en fin, que pudiera causarnos pesadumbre. El domingo por la mañana, viéndola muy acabada, mandé un recado al señor cura para que se sirviese venir por la noche á visitarla, como cosa suya. Ella se alegró mucho de la visita, y viendo que yo no me movía de su lado, me dijo: *Mamá, ¿Quieres que lo diga todo delante de ti? Si es que esto puede causarte pena, no estoy tan enferma qae lo crea indispensable, pe-*

*ro me parece á mi que el sacramento de la Extremaunción es una gracia que no debemos descuidar y gne yo desearía recibir.*

Había ya ella, durante el tiempo que estuvimos en Perrieres, y sin que yo lo supiese, pedido al señor cura que no la dejase morir sin darle todos los sacramentos; el buen sacerdote aprovechóse entonces de lo que ella volvía á repetirle, y después de haberle hecho entender todas las virtudes que contiene el último sacramento, fuese á buscar lo necesario para el caso y le administró la Extremaunción que ella recibió con gran fe y angelical piedad; pidió que no se dijese una palabra á su marido, que afortunadamente se encontraba fuera en aquel momento. Mlle. de Lamartine y Sofia estuvieron presentes y yo escondida en un gabinete junto á la alcoba, llena de dolor y resignación. Muchas veces había pensado en este terrible momento, que creía no poder soportar; pero me encontré completamente transformada después que el sacerdote cumplió su divina misión.

Mi pobre hija estaba sonriente; yo he rogado por ella, la he exhortado, con la misma calma y tranquilidad que si se hubiese tratado de cualquier otro acto natural de la vida; ella ha preguntado por diversas personas:—¿Están enteradas?—decía. A la mañana siguiente pidió una cruz á pesar de que había en el cuarto un crucifijo de relieve y tenía otro junto á su cama; quería tener otro en sus manos para besarlo continuamente. Encontré por fortuna un pequeño crucifijo de plata tal como ella deseaba, y desde este momento, hasta el de su muerte, la tuvo entre sus manos, besándolo á cada

paso y elevando sus ojos al cielo; antes de tomar alguna medicina hacía la señal de la cruz y á cada instante me pedía que rogara por ella; yo decía cuantas frases piadosas Dios me inspiraba, leyendo las oraciones que me parecían más consoladoras. Tuvo grandes y continuados accesos de sofocación y fatiga, hasta el punto de que creíamos á cada paso que entraba en la agonía, pero luego transcurrían algunos intervalos en que parecía calmada y consolada por la oración. Los tres últimos días los pasamos en continuo sobresalto, y por la noche, descansábamos un poco, porque yo la dejaba entre ocho y nueve con una asistenta que se acostaba en su propio cuarto, y una criada que quiero como una hija; hace ya más de veinte años que está en la casa y duerme en un cuartito junto á la alcoba; tanto Sofía como yo, nos levantábamos varias veces cada noche para ver cómo estaba y cómo seguía; siempre la encontrábamos esperanzada y jamás hablaba de su hijo; estoy segurísima de que ha obrado así sacrificándose. La víspera de su muerte dijo á marido: *¡Ay, esposo mio! ¡qué felices son los que se encuentran como yo me encuentro, habiendo hecho todo que se puede hacer para la paz del alma! ¡Harás tú lo mismo si tienes que sufrir una larga enfermedad como yo? Y luego ha dicho con mayor fuerza: Me lo prometes, ¿no es cierto?*

La víspera de su muerte recibió las últimas oraciones que la iglesia da á los moribundos. ¡Ay! yo le he dado las mías todas las noches desee el lunes al jueves. Me figuraba yo que cada hora que se iba pasando era la última, y cuando llegaba la noche, que había ganado todas las transcurridas creyendo

que podía amenguar mi inquietud para una noche más. El jueves por la mañana había aumentado notablemente la opresión, fué necesario cambiarle la cama; era esto una cosa que se hacía lo menos posible, por el peligro del cansancio que forzosamente le había de producir y por evitarle los desmayos.

Mi pobre Sofía dirigía la operación con una paciencia, una destreza y una dulzura que conservó siempre igual durante toda la enfermedad de su hermana: ¡Oh! Dios la bendecirá indudablemente por todos los cuidados que le ha prodigado. Durante este día le daban á le pobre enferma frecuentes desmayos; me había dicho por la mañana: *He soñado cosas harto dolorosas para vos, ¿estábais bien?* Le contesté que sí y le pregunté qué era lo que había soñado: *Cosas bastante desagradables.* y no pudo decir otra cosa.

Vino el señor cura y le dijo ella en voz baja: *Comprendo que deseo la muerte más de lo que debiera, porque me siento perfectamente preparada y llena de fe como no creo poder estarlo nunca más; si mi vida se prolonga, tendré que volver á empezar estos preparativos y temo... ¿Será pereza, señor cura? ¿me perdonará Dios estos deseos?*

Alfonso estuvo solo con ella unos instantes después de nosotras y procuraba disimular sus lágrimas y la emoción de su voz; ella le dijo algunas palabras, y le tendió la mano; luego bendijo desde su lecho, pero sin verle, á su tierno hijo. *¡Ah? que se le eduque,*—dijo la pobre,—*en la fe que me ha de volver todos los seres de quienes, sin ella, no podría separarme tranquila.*

No puedo expresar el efecto que producían en mis ojos, los de la pobre enferma cuando nuestras miradas se encontraban; parecíame que veía aclararse de súbito aquella figura, antes radiante de vida, y ahora completamente cambiada.

Algunos ratos, los pasaba yo rogando en alta voz junto á su lecho: su hermano, arrodillado en el umbral de la puerta, parecía escuchar el rezo. ¡Qué espectáculo más triste el que presentaba aquella habitación!

A eso de los siete, empezaron á prolongarse los desvanecimientos, luego pareció como que quisiera descansar; yo me acosté para aprovechar algunos momentos de reposo, que bien le necesitaba después de tan continuos desvelos; á los pocos minutos me desperté al ruido de una violenta tempestad; corrí á escuchar junto á la puerta de la alcoba, no atreviéndome á abrir, por miedo de turbar el sueño de Susana, felicítame de que la tempestad no la hubiese despertado; á las cuatro de la madrugada volví á escuchar otra vez; el mismo silencio é igual tranquilidad; hice entonces un poco de ruido para que alguien notara mi presencia y me preguntaran alguna cosa; así sucedió en efecto; una de las sirvientas se acercó á mí diciéndome: *Susana ha pasado la noche con la mayor tranquilidad, en este momento descansa y no necesita nada...* ¡Ah! triste de mí: ¡efectivamente que descansaba y no necesitaba de cuidados! Yo interpreté literalmente las palabras de la sirvienta y me acosté relativamente tranquila.

A las cinco de la mañana, no pude permanecer en el lecho y me levanté á impulsos de un fúnebre

presentimiento: entré en el cuarto sin que se percibieran, y vi á la pobre muchacha de que antes hablé (Filiberta) de rodillas, al pie del lecho demuerte. Sin poder convencerme de la verdad llegué á creer que estaba orando por habérselo así pedido la enferma, pero Sofía y Alfonso me arrancaron amorosamente de la estancia, y desvaneciéndose mi estupor, comprendí entonces que todo había concluido. . . . .

Se llevaron de allí á su desconsolado esposo, incapaz de sobrellevar el peso del dolor. Yo corrí á abrazar, en su cuna, á su pobre hijo Carlos, que estaba durmiendo apaciblemente, bien ajeno de comprender que acababa de experimentar una pérdida que algún día sentirá de todo corazón.

Alfonso quedó solo en la casa, para cuidar de que se cumpliesen los últimos deberes para con su hermana.

La sirvienta Filiberta me contó después lo sucedido en aquella noche fatal. Los últimos momentos, decía, fueron tan dulces como apacibles; no sufrió un solo minuto de agonía; algunos instantes después de haberme yo retirado, dijo á la asistenta: *¿Por qué no os acostáis?* Ella entonces hizo ver que la complacia, ocultándose detrás de la cama: desde allí pudo observar perfectamente como besaba Susana el pequeño crucifijo; luego oyó algunos suspiros, más profundos que los anteriores: fueron los últimos... Serían como las diez, pero las sirvientas acordaron no decir nada en toda la noche, puesto que la pobre Susana ya para nada necesitaba nuestros consuelos, estando, como debía estar, en la mansión de los justos.

Más de un año hacía que esperaba un fatal desenlace, y por eso mi dolor no ha resultado tan acerbo. Ahora ya no lloro: es verdad que me encuentro bajo el atontamiento de los primeros momentos, en los cuales no se siente el golpe de tan fuerte que resaca. ¡Dios mío! ¡Llevadme también ó vuestro sereno, yo no quiero vivir sino para este cielo que yo enseñé á mis hijas desde el cual me están llamando, y en que me introducirán cuando llegue mi hora! ¡Ay! ¡las familias acá en el suelo se forman y deshacen, pero se reúnen después para siempre en el centro común donde mora Dios!

Guardo el pequeño crucifijo que tuvo en sus manos últimamente y recibió sus postreros besos; yo venero y beso de continuo esta santa reliquia, que llevaré consigo hasta la huesa.

Estoy en Saint-Point, en casa de mi hijo; leemos en familia, á Fenelón: drdo el estado de nuestros espíritus, no pueden leerse otros libros que los que hablan de lo divino, todos los demás resultan vanos é insuficientes!... ¿Qué haría yo sin mi Sofía? (su última hija) Ella se afana para llenar el vacío que han dejado las que se fueron.

Efecto de las separaciones de algunos miembros de la familia y por la quebrantada salud de mi padre, hay una larga interrupción en el *diario*.

CXXI

Martes, 4 de diciembre de 1824.

Alfonso ha vuelto de París, sin haber conseguido ser nombrado miembro de la Academia Francesa; ha sido elegido en su lugar M. Droz. Estoy disgustada conmigo misma por haber animado á mi hijo

á que se presentase y lo estoy aún mucho más por mi marido, quien daba grandísima importancia á este suceso; en fin, Dios y los hombres no lo han querido; es preciso aceptar ese desencanto sin acritud ni murmuraciones; por más sensible que ello sea, no puede compararse á otras desgracias que se incrustan en el corazón para no separarse jamás.

CXXII

Martes, 4 de enero de 1825.

Los cambios de tarjetas, las visitas, las felicitaciones, las alegrías, el movimiento. en fin, de primero de año me han hecho mucho daño; yo no puedo hacer más que llorar cuando alguien me dirige sus recuerdos; ¡mis recuerdos están en lo pasado! ¿Y qué es lo que el pasado me recuerda? Tuve un momento de esperanza al ver un segundo á Alfonso, el hijo del mío, y desapareció esta esperanza; ahora tengo una satisfacción con lo que de él poseo, es decir por el cariño que me tiene, no por eso que llaman la fama, el renombre, la gloria; él me ama, y eso es lo que deseo, y eso es para mí su gloria mejor, ¡ojalá pudiese amar lo que amo yo, las creencias que me dan la paz acá en la tierra. y la verdadera inmortalidad en perspectiva! Estoy muy contenta de tener a su esposa y á él en mi compañía todo este invierno, y me afijo ya con la idea de la inevitable separación, pero su designio le lleva á vivir lejos de Francia; respetemos los altos designios de Dios.

Los últimos momentos de Bonaparte en Santa Elena, me han hecho reflexionar mucho sobre el

camino que Dios ha trazado, y que conduce de las glorias mundanales al panteón de la nada. Algo más de cerca ha herido mi corazón la muerte del célebre poeta inglés lord Bryon. Llorosa y conmovida he notificado á mi hijo la muerte de este joven poeta, lo mismo que si se tratara de una desgracia ocurrida en la familia. ¿No es por ventura la humanidad una misma familia? ¡Tal vez otro día, una madre temblando como yo, llorosa, anunciará á su hijo la muerte del mío!

Alfonso ha escrito un poema titulado *Childe Harold* en el cual se celebra la heroica muerte de lord Bryon defendiendo la independencia de los helenos; hay en él estrofas que me llenan de dolor porque temo mucho que sienta un entusiasmo peligroso por las ideas de la moderna filosofía y de la revolución, contrarias al trono y á al altar, estos guías que yo he encontrado siempre en mi camino y fuera de los cuales sólo veo confusión y peligro, y sobre todo, el abismo sin fondo de la incredulidad.

Yo he conocido estos famosos filósofos nuevos durante mi juventud; haced, ¡Dios mío! que mi hijo se les parezca en nada; no dejo yo de hacerle ciertas consideraciones sobre el peligro de las ideas nuevas, pero el *espíritu surge donde él quiere*, como dice la Sagrada Escritura. En cuanto una madre ha puesto al mundo un hijo, y le ha inculcado su propia fe, ¿qué le resta que hacer? ¡Cómo no sea poner todos días su débil mano entre la llama de esta fe y el viento del siglo que pretende apagarla! ¡Ah! yo me he sentido algunas veces orgullosa de ser madre de hijo semejante, pero su independencia de espíritu me ha hecho sufrir mucho. Yo opino

que toda la ciencia se encierra ó debe encerrarse en esto: «Obebecer y creer», tal vez se me dirá que esto es poco poético, pero tengo para mí que existe tanta poesía en la sumisión del espíritu como en la revolución.

¿Son, por ventura, los ángeles fieles menos poéticos que los ángeles que se rebelaron contra Dios? Yo preferiría que mi hijo no tuviese ninguno de esos vanos talentos mundanos, á que se rebelara contra los dogmas que han sido fuerza, luz y consuelo de mi existencia, y por los cuales he sufrido resignada todas las adversidades de este mundo.

CXXIII

20 de febrero de 1825.

Hago la misma solitaria vida bajo el mismo techo, envuelta en mi propia tristeza y leyendo en compañía de Alfonso, su esposa y mi Sofía, cuya educación no me da cuidado porque parece ya haber salido instruída y piadosa de la cuna. Leemos por las noches en compañía de mi esposo y mis hijos, junto al hogar, cuantos libros pueden alimentar sanamente el alma y el espíritu. Mi marido parece aficionarse mucho á esta vida retirada, cuyas principales emociones están en los libros. Ha llegado á la edad en que los hombres se retiran del sitio grande ó pequeño que hayan ocupado, y se convierten en simples espectadores que observan con indiferencia la comedia que en el mundo se representa; entonces son los libros su distracción, su recreo, constituyen, en fin, parte de su existencia. En los libros de historia se aprecia la vida real; en la novela el mundo imaginario. Vienen los libros á ser,

irremisiblemente, la vida de aquellos seres, que, prontos á dejar de vivir, desean vivir en otras edades.

CXXIV

Domingo, 26 de junio de 1825.

¡Qué largo tiempo transcurrido sin escribir una sola línea en este libro! Es que á causa de mis sufrimientos llegué á dudar de mi vuelta al camino de la virtud; luego entreveo con horror la muerte, porque aún no me creo bien preparada... ¿Llegaré á estarlo? No pido la prolongación de mi vida más que el tiempo necesario á prepararme y purificarme: y nada más. Dios me ha hecho esta gracia. Pero al llegar á la convalecencia me mandó un nuevo dolor, y luego me lo ha quitado de nuevo y sin preparación.

En un pequeño poema que ha escrito Alfonso sobre la consagración del rey, no decía una palabra del duque de Orleáns, de quien no es partidario, porque tiene sobre este príncipe las prevenciones de su padre y de toda la familia de los Lamartine; encuentra algunos puntos oscuros é inconvenientes en la conducta de un príncipe de la familia real, cuyo padre cometió la fatalidad de condenar á muerte á su pariente y á su rey; al desgraciado Luis XVI, y que después de esto ha sido colmado de honores y perdonado por los Borbones, dando en lugar de un testimonio de agradecimiento, pruebas de deslealtad para halagar á sus partidarios. Alfonso habla con cierta amargura contra lo que llama su deslealtad, y esto me mortifica, porque yo creo bueno á este príncipe é inocente del crimen de su desventurado padre. Hubiera yo preferido, sin em-

bargo, que él tal hubiese hecho una oposición ménos abierta que los demás, sin que para ello se hubiese rodeado de todos los ambiciosos y descontentos revolucionarios ó bonapartistas, que han formado eso que llama él un partido; pero es preciso atacar ó conjurar las intenciones antes que acusar temerariamente á nadie.

Cuando me leyó Alfonso los versos de su poema, donde ensalza todos los gnereros y todos los príncipes de la familia real, y observé que ni una sola palabra decía del duque de Orleáns; tuve un disgusto tan grave que me hizo derramar lágrimas; entonces le supliqué que no dejara desairado con semejante silencio un príncipe en cuya casa pasé yo mi niñez, y cuya madre y hermana nos habían colmado de bondades. Resistióse obstinadamente, y me dijo que todo lo más que podía hacer por el duque de Orleáns, era no pronunciar su nombre mientras que se honraba nombrando á los reyes Luis XVIII y Carlos X, á quienes había tenido el honor de servir en el ejército y en la diplomacia, y que él había heredado de su padre el cariño á estos príncipes desgraciados, y para sus enemigos, la repugnancia y el desprecio. A pesar de esto, conseguí á fuerza de lágrimas, que recogió con respeto, el que pronunciara de una manera conveniente el nombre del duque de Orleans, en aquel homenaje á los Borbones. Hízolo, pero resultó desgraciado al querer expresar un sentimiento que su corazón no sentía. Los párrafos que aludían al 21 de enero y á la muerte de Luis XVI, parecieron un insulto al duque de Orleáns, y yo no sé cómo, pero es el caso que este príncipe tuvo conocimiento del caso por el

librero sin duda, antes de que fuesen publicados, é hizo escribir una carta á mi hijo por nuestro pariente M. Henrion de Pansey, presidente de su consejo; M. de Pansey, en nombre del príncipe, pedía á mi hijo, en términos corteses, la supresión de los versos en que era aludido.

Alfonso contestó en seguida, con mucha cortesía por cierto, que él no había tenido la menor intención de mortificar la personalidad de un príncipe, de cuya casa tantos beneficios había alcanzado su madre, y que en aquel momento escribía al impresor para que se suprimiesen los versos que pudiesen molestar al señor duque de Orleáns. El escribió efectivamente al editor, para que fuesen retirados los párrafos en cuestión.

Todo parecía haber terminado aquí; pero el duque de Orleáns, ignorando que Alfonso hubiese condescendido á sus deseos, y más impaciente de lo que convenia por semejante supresión, mandé escribir una segunda carta, en la cual se hacian amenazas contra el crédito de que mi hijo gozaba en la corte, advirtiéndole, que en el caso de no acceder á sus deseos, tenía un príncipe real sobrados medios para hacer sentir á quien intentara solamente ofenderle, el peso terrible de sus resentimientos y de su indignación. Cuando Alfonso recibió esta segunda carta, su natural dignidad ofendida de tal suerte, que no quiso en manera alguna acceder á los deseos de Orleáns y escribió inmediatamente á su editor que no retirara una sola palabra del original. Sin embargo, por no hacer una ofensa sin previa explicación del duque de Orleans, le escribió el mismo día en que habían ya los perió-

dicos publicado esta carta de intimidación que no podía ser conocida más que por una indiscreción palaciega, diciéndole que la supresión del párrafo por los periódicos adictos á su corte, no podía atribuirse más que á una ligereza de su carácter, y se veía él obligado á dejarlo en suspenso, deciale también al príncipe que, apreciando debidamente esta necesidad de honor, confiaba no atribuiría á la intención de ofenderle. El príncipe fué justo, y contestó inmediatamente haciéndose cargo de esta exigencia de honor, desde el momento en que la publicidad dada en los periódicos liberales, había colocado á mi hijo en una situación tan especial. El párrafo apareció según Alfonso lo escribiera al principio.

Pero eso fué para mi corazón una flecha que le atravesó de parte á parte, tanto más cuanto no me atreví á decírselo jamás á mi esposo ni á mi hijo; porque yo había sido colmada, durante mi infancia, de todas las bondades de aquella augusta casa, cuyo nombre habíame mi madre enseñado á venerar desde mi niñez. En las circunstancias dolorosas para mi madre y para otros varios miembros de la familia, Mlle. de Orleans nos había favorecido con cariñosa solicitud y con una generosidad sin límites: yo no podía ni puedo olvidar los bienes recibidos de esta augusta familia, y mi marido y mi hijo ignoraban estos transportes íntimos que yo no podía tampoco confiarles. ¡Júzguese de mi asombro y de mi aflicción, al considerar que esta excelente pancea pudiese atribuir mejor que á un error, á ingratitud ú olvido, una ofensa al nombre de su casa salida de la mano de mi hijo! Pasé muchas noches

derramando lágrimas. Escribí á Mlle. de Orleans para desengañarla y manifestarle todo mi pesar; ella me contestó mejor como amiga que como princesa, comprendiendo perfectamente la situación en que me encontraba. A Dios gracias, todo ha terminado; temo solamente que lo ocurrido ocasione entre la princesa y mi hijo una frialdad y una irritación secreta que vaya alejando poco á poco su amistad de aquella casa, en la cual hubiera tenido unos protectores desinteresados. Las prevenciones de los nobles realistas contra el nombre de los Orleans, son injustas, extremadas y, como si dijéramos, han sido infiltradas en la sangre de padres á hijos. Tuve todavía un gran pesar, que de tan vivo y doloroso, no puedo confiárselo á nadie; la susceptible altivez de mi esposo no le dejaba comprender que existiera correspondencia entre Mlle. de Orleans y yo, ni las gracias que mi familia recibió de ella en muchas y determinadas ocasiones. . . . .

. . . . .  
Dice Alfonso que cree habrá de partir para Alemania, y por lo tanto, que estará ausente de nosotros por mucho tiempo. Cuando pienso en su separación no hago otra cosa que llorar. ¡Ah, Dios mío! ¡Cuán solitaria va quedando esta casa, antes tan alegre y tan llena de vida! Cuantas veces reflexiono en nuestra soledad, recuerdo los muchos ruidos que tantas veces he visto durante el otoño bajo los álamos del patio de Saint Point; en lugar de los pequeñuelos hay nieve, y el viento se va llevando sus pajas, una á una! Así es nuestra casa en la actualidad.

18 Septiembre de 1825.

Hoy han salido mis hijos para Italia, donde fijarán su residencia. ¡Ay! ¡cuán sola he quedado en este retiro de Saint Point! No puedo adivinar cuanto tiempo durará esta situación. . . . .

. . . . .  
Ya estamos en la ciudad; no pudiendo dedicarse á la caza, mi marido no está bien en el campo. Estoy muy disgustada, pero en medio de mi tristeza me encuentro aquí mejor; Nicole me acompaña por la mañana; sus *Ensayos de moral* me llegan directamente al alma, y por las noches leo á Mme. de Sévigné, mi confidenta favorita; después... pienso mucho en los ausentes. ¡Ay! ¡y en los muertos que no volverán!

Ayer recibí una visita del excelente, amable y resignado M. de X..., aquel que tanto hubiera deseado casarse con Cesarina. No hemos hablado de nada, puede decirse, pero su sola presencia y su ternura, expresaban muchísimo; he llorado mucho; todas aquellas personas, todos aquellos objetos que amaron ó fueron amados por mis hijos, despiertan en mi corazón recuerdos de tristeza. ¡Triste de mí!... esta época tan lúgubre de mi vida la lloraré siempre, ¿no habrá para mí consuelo? creo que sí: y hasta tengo la certeza absoluta de volver á ver á los seres queridos que murieron para este mundo. ¡Qué dicha la de poseer una fe como la mía! Aun cuando la religión no nos diera más que esta fe en el renacimiento del pasado, deberíamos bendecir á ella

y á su fundador. ¡Y quién no tiene en este mundo seres queridos que espera ver en el otro!

CXXVI

24 Octubre de 1825.

Me encuentro sola en la casa, arreglándolo todo y disponiendo su cierre. Ayer salieron todos para la ciudad acompañando á mi esposo. He ido á Saint-Point montada en una mula, y acompañada del jardinero, al objeto de arreglar y ordenar los libros, los naranjos y las macetas de flores que mi nuera Mariana me recomendó muy especialmente al partir para Italia. He estado detenida por las lluvias en este viejo, querido y desierto castillo, y admirablemente servido por María Litaud, una santa mujer que está encargada de gobernar la casa durante la ausencia de sus dueños. Creo que hice su felicidad cediéndola á mi hijo. Aquí me encuentro, junto á la iglesia que tanto adoro por los muchos recuerdos de las oraciones que he dirigido á Dios bajo su bóveda, en compañía de mis pequeñitas (que están en el cielo), cuando veníamos á rogar en ella todas las noches; estoy también rodeada de libros, demasiado tal vez. Gozo en este silencio y en esta soledad junto á la gran chimenea del salón, y allí me recojo abstraída en los dulces pensamientos de la eternidad, antes de sumergirme de nuevo en el movimiento y las vanidades del mundo. He tenido muy buenas noticias de Florencia, en donde se ha establecido mi hijo con su esposa. Cuantas reformas hicieron aquí me parecen muy bien, han convertido esto en una especie de casa de retiro para su vejez. donde vivirán recordando nuestra existen-

cia en en estos lugares. En un artículo escrito por Mme. de Genlis, he visto que esta escritora atacaba vivamente las poesías de mi hijo: es esto una guerra hereditaria de familia á familia; Mme. de Genlis y mi madre representaban dos tendencias opuestas en el Palacio de Orleáns. Estas heridas á la fama de mi hijo me han sido bastante dolorosas; yo hubiera querido que él replicara; esto era natural en la vanidad materna, pero prefirió aceptar el ataque sin manifestarse resentido. ¡De qué serviría entonces la caridad si no se perdonaran siquiera semejantes ofensas! ¿Para quién deseará ella la superioridad en todo? ¿para sí ó para sus hijos? Si uno la tiene, el deber está en no darle importancia, y si no se tiene, está el deber en no envidiársela á los demás; los dones de Dios son gracias, pero no méritos. Habré de acostumbrarme á los denigrantes ataques que ciertos periódicos, especialmente los Orleanistas y Bonapartistas, dirigen á Alfonso. Creo que tengo demasiado amor propio colocado sobre su cabeza, que puede no ser sino un disfraz del mío; pero soy su madre, y justo será que me lo perdone.

CXXVII

1.º Febrero de 1826.

No puedo dedicar mucho tiempo á escribir, porque los cuidados de los pobres, durante este frío invierno, me absorben la mayor parte del tiempo; además de esto, me han encargado de la presidencia de la junta de caridad establecida en esta población; no me es posible cumplir con exactitud mis obligaciones á pesar del auxilio que para ello me presta Mme. de Villeneuve, la esposa del Gober-

nador de la provincia, joven muy amable que la considero como si fuese una hija; yo no sé por qué las jóvenes sienten por mí tanta predilección; será sin duda porque yo acostumbraba á amar á mis hijas, siento una ternura grande dentro de mi corazón y una inclinación irresistible hacia las jóvenes con quienes tengo tratos. Mme. de Villeneuve me ha pintado unas elegantes pantallas de chimenea, dibujando en cada una la vista de diferentes casas ó castillos habitados por Mme. de Sévigné; esta buena señora es para mí la abuela del corazón y del espíritu; Mme. de Villeneuve ha creído que estos recuerdos serían á mis ojos una especie de ilustración de las obras que practico continuamente en cumplimiento del deber que la caridad me impone. ¡Qué buena y dulce es la caridad! Ella parece que nos aproxima insensible y dulcemente al trono donde el Altísimo tiene su asiento.

CXXVIII

27 Abril de 1826.

Mi cuñado, el abate Lamartine, ha muerto; hacía bastante tiempo que su vida era una prolongada espera de este momento. Espero que Dios habrá sido misericordioso para el hombre que tanto lo había sido para su prójimo. Fué lanzado contra su voluntad en la carrera eclesiástica, hacia la cual no sentía la menor disposición, y se concretó á vivir solitario en su magnífica finca de Montculot, la cual ha quedado propiedad de Alfonso, con la obligación de entregar cierta cantidad á una hermana del difunto, y pasar una pensión á mi esposo. Le he escrito para que mande poderes para tomar posesión

en su nombre, de aquella magnífica casa y de las tierras que la circundan.

CXXIX

24 Mayo de 1826.

Tengo una pena grande por el triste contratiempo que ha ocasionado á Alfonso un fragmento de su poema *Childe Harold*, relativo á Italia. Ha sido mi hijo gravemente herido en desafío con el coronel Pepe; ¡tiemblo tanto por su alma como por su vida! yo no sé quién tendrá razón de entre los dos, pero á los ojos de Dios ambos son culpables; procuraré que Alfonso se arrepienta de la falta cometida; la vida sólo Dios puede quitarla y es un pecado gravísimo el que los hombres cometen cuando atentan á ella. Se me objetará que el honor es preferible á la vida, pero no somos los humanos quienes podemos juzgar estos asuntos.

.....  
He tenido nuevas noticias de Alfonso que me anuncian su restablecimiento: dicen que está escribiendo unas poesías muy religiosas y que las titula *Armonias*, de las cuales me han remitido algunos trozos manuscritos que he leído con sumo agrado. ¡Ah! este es el uso que yo quisiera que se hiciese siempre del talento: divino como su creador, cuando se eleva hacia El.

CXXX

Milly, Julio de 1826.

Hace tres días que estoy en Milly, donde me encuentro perfectamente: yo desearía continuar aquí, pero con mi esposo y Sofia. ¡Es muy triste para los

unos y para los otros el tener que vivir separados!... ahora parece que siento más que antes la separación; ello debe ser la vejez que avanza rápidamente: ya he perdido, puede decirse, por completo, aquella actividad física y moral que me hacía gozar de la vida aun en la misma soledad; siento, por el contrario, el peso de los sesenta años que voy á cumplir; apenas puedo persuadirme de ello, pero no hay remedio, y sin embargo, no estoy triste ni mucho menos, pero sí quisiera que Dios me hiciese la gracia de que pudiese emplear bien el poco tiempo que me resta de estar en este mundo y de no pensar más que en prepararme debidamente para el otro, á donde con tanta ligereza me dirijo. Porque estoy todavía completamente distraída, y demasiado ocupada en cosas terrenales; he visto (quién sabe si con demasiado interés) la belleza de nuestros viñedos; ha habido una sequía atroz que los ha perjudicado mucho; pero ahora, sobre todo aquí, han reverdecido un tanto y presentan un hermoso aspecto con sus verdes pámpanos cargados de nacientes racimos. ¡Nuestro porvenir está suspendido de los sarmientos de estas cepas!.. Es el hombre exactamente igual que el insecto que roe una hoja, y que muere si la hoja perece. ¡Dios mío... proteged nuestras plantas, y sobre todo las de nuestros pobres campesinos!

Alfonso es el encargado de los negocios del rey en Toscana, Lucca y Parma, y como quiera que todos los embajadores están fuera de Italia (excepto el de Roma), le han aumentado la asignación en veinte mil francos. Todos están contentos de él, y él parece estarlo también de la posición que ocupa;

únicamente que representa á su país con un poco más de lujo del que yo quisiera; pero creo que, á pesar de ello, la Providencia no le abandonará nunca.

Yo recuerdo mucho de él, pero me paga mi cariño sobradamente, acordándose también de mí; con la mayor ternura y solicitud recuerda y le preocupan mis pequeñas obligaciones, y aquellas penas é intranquilidades que me ocasionaron sus travesuras juveniles. Sería yo una de las mujeres más dichosas, si no hubiese perdido aquellas dos joyas de mi maternal corona: ¡ah! ¡qué gran vacío encuentro sin su compañía cuando al caer de la tarde paseo por mi jardín! ¡mis ojos, y mis sentidos todos, las buscan inútilmente por todas partes! Es preciso irme desprendiendo poco á poco, de buen ó de mal grado, de este bajo suelo; ya siento en mí la noche; ¡cuántas horas me faltan contar aún en este negro abismo? Dios lo sabe; yo no he de contarlas, porque estoy entregada á él absolutamente; lo que sí le pido es que me retenga aquí el tiempo necesario para ganar su estimación.

He dado principio á un trabajo que acaso durará lo que mi vida. Consiste en una alfombra tapizada para el gabinete que Alfonso tiene en Saint Point. Cuando yo habré muerto, él pensará sin duda, al poner sobre ella los pies, que en cada una de sus mallas iba yo encadenando, en mi tiempo, un pensamiento para él. ¡Ay! este frágil tejido durará, por lo menos, cien años; y tanto mis hijos, como yo, habremos ya dejado de existir!.. Estoy triste, muy triste.